

Ciudades homónimas de América y España

Presentación filológica: Valentín GARCIA YEBRA

Luis Rubio-Chávarri y Alcalá-Zamora fue mi mejor alumno en Tánger, y uno de los mejores de toda mi vida docente. Por eso, cuando me pidió que interviniera en este acto, no pude negarme. Por eso, y porque, sin poder yo titularme americanista, el tema de América me apasiona siempre, sobre todo en lo relativo a nuestra lengua. Y, al decir "nuestra lengua", me refiero a la lengua española, que es la común y propia de más de 300 millones de americanos.

El nobilísimo proyecto en que Luis Rubio-Chávarri lleva trabajando ya varios lustros, y al que ha dedicado esfuerzos respaldados por un gran amor y una inteligencia brillantísima, se titula "Ciudades Homónimas de América y España". La "homonimia" y el adjetivo "homónimo" son términos metalingüísticos, es decir, directamente relacionados con la lengua.

El Diccionario de la Academia asigna dos acepciones al adjetivo "homónimo". Según la primera, "dícese de dos o más personas o cosas que llevan un mismo nombre". De acuerdo con la segunda, "Dícese de las palabras que, siendo iguales por su forma, tienen distinta significación".

A hablar de ciudades "homónimas", usamos el adjetivo en su acepción primera. Si nombro a "Córdoba" de España y a "Córdoba" de Argentina, o a cualquiera de las otras "Córdobas" de América (son 15, según Rubio-Chávarri); si menciono a "León" capital de mi provincia, y a otra u otras de las ciudades llamadas "León" al otro lado del Atlántico (sólo en los Estados Unidos hay cinco), estoy refiriéndome a varias ciudades que tienen el mismo nombre; es decir, a varias ciudades homónimas.

La acepción segunda, según la cual "homónimo" se dice "de dos o más palabras que, siendo iguales por su forma, tienen distinta significación", no se aplica a los nombres de las ciudades homónimas, porque el nombre de la "Córdoba" española repetido en 16 ciudades americanas no constituye varias palabras sino que es una sola.

Los nombres de las ciudades homónimas de América y España están más cerca de la polisemia que de la homonimia. La polisemia consiste en que una misma palabra signifique o designe varias cosas.

Todos los nombres propios tuvieron inicialmente significado. Pero en muchos casos se nos ha perdido. Sabemos lo que designan, pero no lo que significan. Por lo demás, en los nombres propios, es más importante la función designativa que la significativa. El antropónimo **Félix** significa "feliz", y puede llamarse Félix un hombre desgraciado. La función del nombre **Félix** no es afirmar en el que lo lleva la "felicidad" incluida en su significado; su verdadera función es designar a su portador, es decir, diferenciarlo de Juan, de Pedro, de cualquiera que tenga otro nombre.

Lo mismo sucede con los nombres de las ciudades. Desconocemos el significado de muchísimos, pero sabemos qué ciudad o ciudades designan. No sabemos (al menos yo lo ignoro) qué significa "Córdoba", pero sabemos que designa una hermosa ciudad española y más de una docena de ciudades de América. Otras veces, conocemos el significado de un nombre de ciudad, pero este significado no se aplica a todas las ciudades que llevan ese nombre. Sabemos, por ejemplo, que "Astorga", del latín **Asturica**, significa (ciudad) "de los astures", y "León", del latín **Legione(m)**, recibió este nombre porque allí acampó la **Legio VII gemina** de los romanos. Pero, al aplicar estos nombres a otras ciudades, no se tuvo en cuenta su significado: la **Astorga** brasileña no fue nunca "de los astures", y en las ciudades de América llamadas **León** no acampó nunca una legión romana.

Decimos, pues, que no es "homónimo" sino "polisémico" un nombre que designa a varias ciudades.

La "polisemia" de las palabras procede, según Aristóteles, de la pobreza de las lenguas; de todas las lenguas, que, por ricas que sean, sólo disponen de un número limitado de palabras, mientras que las cosas que pueden nombrarse son infinitas. Por eso, con mucha frecuencia como dice Aristóteles, un solo nombre tiene que significar varias cosas.

Ahora bien, las ciudades fundadas en América por los españoles fueron muchas, pero no infinitas, y al español le sobraban palabras para nombrarlas a todas. ¿De qué procede, entonces, la polisemia de los nombres de ciudades y pueblos de España repetidos en América? No nace esta polisemia de la pobreza, sino del amor. No se debe a pobreza de nuestra lengua, sino al amor de quienes la llevaron consigo al Nuevo Mundo.

Dar o imponer el nombre es no sólo una manifestación de autoridad y dominio, sino también un acto de amor. Por eso son los padres los llamados a dar nombre al

recién nacido. Y hasta no hace mucho, antes de las telenovelas y los culebrones, solía imponerse al niño o a la niña el nombre de algún miembro de la familia, que de algún modo quedaba así prolongado en la nueva vida.

Era también frecuente en las familias que habían perdido un hijo o una hija dar el mismo nombre a otro u otra nacidos más tarde. Querían aliviar la dolorosa pérdida prolongando en el nuevo vástago, con el nombre, el amor y el recuerdo del desaparecido.

Yo creo que ésta es la situación más semejante a la de la imposición de nombres de ciudades o pueblos españoles a las nuevas poblaciones de América. El dolor nostálgico del alejamiento, casi siempre definitivo, movía a los colonizadores a perpetuar en el nombre de las ciudades que fundaban el añorante recuerdo de las que habían dejado en España.

De esta práctica amorosa de la reiteración del nombre en las nuevas ciudades no conozco antecedentes históricos. No se dan casos en las colonizaciones antiguas, aunque haya algunos de semejanza engañosa. El más notorio y próximo a nosotros es sin duda el de **Cartagena**. Sus fundadores, los cartagineses, la llamaron **Qar-ti-ha-da-as-ti**, que significaba en fenicio púnico "Ciudad Nueva". Era el mismo nombre que los fenicios de Tiro habían dado a la ciudad fundada por ellos seis siglos antes, en la costa de Africa. Pero aquel nombre resultaba muy complicado para los romanos, que lo redujeron a **Carthago**. Y como desconocían su significado, a la **Carthago** de España la llamaron **Carthago Nova**, es decir "Nueva Ciudad Nueva"; como si a **Neapolis**, la actual **Nápoles**, la hubiesen llamado **Nova Neapolis**.

El nombre fenicio púnico equivalente a **Carthago** no era, en el fondo, un verdadero nombre propio; se acercaba más a la condición del nombre común. Según el **Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique** (Brepols, 1992), hubo en el Mediterráneo tres, quizá cuatro **Qar-ti-ha-da-as-ti**, y la **Paulys Realencyclopädie der classischene Altertumswissenschaft** da noticia de veintisiete **Neapolis**. No se imponían estos nombres a una nueva ciudad para recordar a otra, sino para reflejar la realidad de una "ciudad nueva".

La toponimia forma parte del léxico de una lengua. El nombre del lugar donde uno ha venido al mundo, donde ha vivido su infancia, su adolescencia, su juventud, es siempre un nombre entrañable y entrañado; un nombre que, sobre todo si se ha tenido que abandonar ese lugar (ciudad, villa o aldea da lo mismo), evoca en el expatriado de su patria chica las más hondas resonancias. Por eso los topónimos, los nombres de ciudades o pueblos, son parte esencial, irrenunciable, del léxico de una lengua. Lo expresó de modo insuperable Unamuno en el poema 274 de su **Cancionero**:

*Avila, Málaga, Cáceres,
 Játiva, Mérida, Córdoba,
 Ciudad Rodrigo, Sepúlveda,
 Ubeda, Arévalo, Frómista,
 Zumárraga, Salamanca,
 Turégano, Zaragoza,
 Lérida, Zamarrala,
 Arrancudiaga, Zamora,
 Sois nombres de cuerpo entero,
 libres, propios, los de nómina,
 el tuétano intraductible
 de nuestra lengua española.*

Muchos topónimos españoles, muchos nombres de ciudades y pueblos de España, pasaron a América con nuestra lengua. Si inicialmente sirvieron para mitigar la añoranza de los colonizadores alimentando en ellos el amoroso recuerdo de las ciudades y pueblos que habían dejado en España, a los españoles de hoy nos sirven, cuando vamos a América, para potenciar la impresión general de seguir en España, en la Nueva España que es para nosotros, en muchos sentidos, el Nuevo Mundo de nuestra lengua, aunque se llame América.

Por eso agradecemos muy hondamente a Luis Rubio-Chávarri y Alcalá-Zamora la nobilísima empresa de convertir el castillo de Luque en auténtico monumento, monumento en sentido etimológico, es decir, lugar dedicado al recuerdo, a la rememoración permanente de una gesta incomparable, perfectamente resumida en ese breve pero elocuente enunciado:

"Ciudades Homónimas de América y España"

Presentación del proyecto:
Luis RUBIO-CHAVARRI Y ALCALA-ZAMORA

–700 municipios homónimos en el Nombre, la Fe, y el Tiempo, realidad única, creacional y ejemplar en la Historia de la Humanidad–.

Para entender el proceso fundacional de los españoles en América (del que parte importante los constituye el presente proyecto de formar una Asociación de Ciudades Homónimas de América y España) hay que adentrarse en la dilatada y plural historia secular de España, decantada a través de los siglos y fruto de influencias de diferentes civilizaciones y de aportaciones propias de la península ibérica.

La empresa de América, como se llamó acertadamente por los españoles en los siglos XVI a XVIII, fue el resultado y corolario de una historia ya milenaria en el año de 1492 en que Cristóbal Colón llegó al continente americano.

I. LA FORMACION Y APORTACION DE ESPAÑA.

Los fenicios y los griegos, al alborear nuestra Historia, arribaron a Iberia y fundaron colonias en las costas de España en la que ya había florecido en la baja Andalucía una civilización bíblica, el Imperio de Tartesos, que el Libro Sagrado de hebreos y cristianos denomina "Tarsish". A estos primeros pueblos extranjeros, a los semiautóctonos de la península —Iberos, Celtas y Celtíberos— aportaron los Cartagineses, con Aníbal y Asdrúbal, la fundación de Cartago Nova, hoy Cartagena, y de otras colonias, y que Roma penetrase en España con el derecho, los monumentos civiles, acueductos, ciudades y cultura romanas. El Imperio clásico romano nos legó, además, el latín, idioma que (con la lengua griega y la árabe) constituye el origen y base de la lengua española. España, por su parte, suministró a Roma los mejores filósofos, retóricos, gramáticos y escritores de la Edad de Plata del Imperio y tres egregios emperadores, uno de los cuales, Trajano, Logró alcanzar la mayor expansión territorial del Imperio Romano, conquistando la Dacia, hoy Rumania, y consolidando las fronteras del Imperio geopolíticamente más inteligente de la Historia. Por ello, fue reconocido como el "Optimus Principum", es decir, como el mejor de los emperadores romanos.

La invasión de los pueblos germánicos crea a través de los visigodos la primera unidad territorial independiente en la península durante cerca de tres siglos. El espíritu germánico se mezcla con el romano y el ibérico y a esta época histórica España aporta "Las Etimologías" de San Isidoro de Sevilla con el "Trivium" y el "Quatrivium", compendio de toda la sabiduría de esos siglos.

Los árabes conquistan el norte de Africa y toda la península. Sólo resisten vascos y asturianos y en el 718 comienza una nueva reconquista territorial que culminará en 1492 con la toma de Granada, precisamente, el mismo año del Descubrimiento de América.

Los largos siglos de presencia del Islam en España fueron extremadamente densos y fructíferos. Los españoles sometidos a los árabes (los mozárabes) contribuyeron también al esplendor de la civilización musulmana hasta tal grado que Córdoba fue denominada "Luz de Occidente" y el Zéjel, estrofa inventada y extendida por poetas árabe-andaluces, como Ibm Hazam de Córdoba, se recitaba en Bagdad. Asimismo en España se edificaron varios de los más bellos edificios de su civilización: la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba y la torre gemela de la Kutubia de

Marraquech: la Giralda de Sevilla y en los albores del siglo XXI, un género especial de música popular árabe continúa denominándose en los países del Magreb "música andaluza".

Igualmente nos llegó la savia de Israel con los judíos sefarditas y en la ciudad de León de España floreció en la Edad Media la Escuela de Estudios Hebraicos, que dió madurez definitiva al Talmud y a la Cábala. A esos judíos sefarditas, expulsados de España también en el año 1492, les debemos la conservación de nuestro idioma —el ladino— a lo largo de cinco siglos en las Balcanes y Turquía y que hayan conservado desde el éxodo la llave de la vieja casa de sus antepasados en España.

Por último, Europa igualmente parte del ser histórico de España, mas, asimismo España aportó a Europa los pilares de la idea europea de nuestro siglo XX a lo largo de la Edad Media y del Siglo de Oro de la Cultura española. En cuanto a esa Europa (a cuya Comunidad Económica Europea, España se incorporó en 1986) fue nuestra Patria su precursora y ubre generosa y defensora en los cinco pilares que conforman su ser. En primer lugar, **en la Democracia**: fueron los distintos Reinos, Condados y Principados cristianos de España los creadores de la primera democracia medieval europea. Los Procuradores de los municipios eran elegidos por el voto popular de sus habitantes y reunidos en Cortes se dirigían a sus respectivos Reyes, Condes y Príncipes en forma análoga a esta digna, castellana: "Vos que sois igual a Nos y que todos juntos somos más que Vos, respetuosamente venimos a dizer", mucho antes de la Carta Magna que los barones ingleses impusieron a su Rey. En segundo lugar, **en la Religión**: Santiago de Compostela, ciudad situada en la vieja ruta iniciática de los druidas celtas en el "Campus Stellae" de la Vía Láctea y del "Ara Solis" del Finisterre europeo, se convirtió en la Edad Media en lugar sagrado para los "peregrinos" que venían de toda la Europa cristiana bajo la protección y el amparo de la orden de Cluny, fundada por San Bernard de Clairval, a renovar su fe ante la tumba del apóstol Santiago el Mayor.

En Derecho: España se adelantó en un cuarto de siglo a la Recopilación del Derecho Romano del Emperador Justiniano de Bizancio y la Lex Romana Wisigothorum o Brevedrio de Aldrico de 506 fue fuente general del Derecho Romano en Francia, Alemania e Inglaterra hasta los siglos XI y XII.

En Cultura: Alfonso X el Sabio creó la Escuela de Traductores de Toledo, donde sabios hebreos, árabes y bizantinos vertían al Latín —la lengua común de la Europa letrada— toda la sabiduría oriental y desde donde se difundía y a donde acudían a beber en sus fuentes los mejores y más conspicuos intelectuales de Gran Bretaña, Irlanda, Francia, Alemania e Italia. Cuarta aportación española a la idea europea, en política: un ilustre nieto de los Reyes Católicos, Rey de España y coronado Emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico en Aquisgrán en 1519, Carlos V, fue el

primer Monarca que defendió la idea de una Europa unida en una sola religión y una Monarquía Universal católica.

Finalmente **en lo Militar**: las tropas imperiales de Carlos V defendieron Europa a las puertas de Viena en 1529 frente al empuje turco; y en Lepanto las de Felipe II en 1571 donde se enfrentaron la flotas de España, la Santa Sede y Venecia con la turca, formadas por el mayor número de navíos que han intervenido en un combate naval en toda la historia de nuestro planeta: cerca de 700 bajeles entre ambas armadas y de cuyo evento el gran Cervantes, en el que perdió el uso del brazo y mano izquierdos, escribiría, que fue "la más grande ocasión que vieron los siglos".

Y fue asimismo España, precursora de la primera O.T.A.N. europea, con los célebres y eficaces Tercios, unidad táctica de 6.000 hombres, subdividida en infantería, caballería, artillería, arcabuceros y arqueros de nacionalidades española, alemana, suiza, italiana y mercenarios de otros países europeos, unidades solo comparables en originalidad y eficacia a los ejércitos persas de Ciro El Grande, a la Falange Macedónica de Alejandro el Magno y a las famosas Legiones romanas.

Por todo ello, nuestra patria forma parte de Europa: por geografía, por historia, por aportación y por Derecho.

II. LA EMPRESA DE AMERICA COMO CONTRIBUCION DE ESPAÑA A LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD.

Esta madurez de hombres y de ideas hizo posible la Empresa de América y la creación de más de 500 Ciudades Homónimas, en América con España (número elocuentemente representativo, pero no exhaustivo ni excluyente), hecho único y ejemplar en la Historia de la Humanidad y de los Imperios. Creación es sinónimo de amor y de palabra —o logos— convertido en acción.

Portugal y España delimitan sus fronteras en el mundo del Renacimiento. Las Bulas de Alejandro VI y el Tratado de Tordesillas de 1494 dividen por meridianos el planeta. El gran poeta portugués Luis Vaz de Camoens, al referirse a castellanos y portugueses los hermana, denominándolos "essa gente fortíssima da Espanha" y describe sus hazañas en "Os Lusíadas", diciendo:

*"D' un polo a outro, o castelhano voa;
do Tejo a la China o português navega.
D' um extremo a outro a terra
depende de Madrid e de Lisboa"*

Fruto de este esfuerzo colectivo, que emana del pueblo y posteriormente la Corona legítima y ordena, nace la América Española y Portuguesa. En menos de un siglo

los españoles fundan 272 ciudades y 840 conventos en el Nuevo Mundo, esfuerzo increíble y único en la Historia, que no amaina hasta el siglo XIX. De este titánico esfuerzo fundacional surgen, entre otras muchas, las Ciudades Homónimas de América y España: desde Cordova en Alaska a San Sebastián en la Isla de Tierra de Fuego; desde San Agustín en la Florida hasta San Francisco y Los Angeles en California; desde Cáceres en el actual Mato Grosso de Brasil hasta Gibraltar en Maracaibo de Venezuela; desde Roncesvalles en Colombia hasta Melilla en Uruguay y desde Guadalupe en México hasta San Juan en Puerto Rico, es decir, en los cuatro puntos cardinales de América centenares de españoles –la mayoría olvidados y desconocidos– prolongaron el ser de España, el amor a España, la nostalgia de España y el recuerdo de España en centenares de ciudades en el Nuevo Mundo.

Ellos merecen el homenaje, el respeto, la admiración, el reconocimiento y el recuerdo. Es un evento sin par en la Historia, un deber de justicia y un orgullo legítimo de españoles y americanos, de insulares y continentales, hermanos en la Lengua, la Historia, la Fe, la Cultura y en la creación de "la Patria Grande".

"Gold, Gospel and Glory" –oro, fe y fama– así un historiador anglosajón define con el laconismo propio del idioma inglés– las tres motivaciones principales de los españoles en América. Permitídmeme que añada otras tres: Sueño, Amor y Creación.

Podríamos recordar una letanía interminable de ejemplos. Sólo citaré tres: Cristóbal Colón, en cuyo testamento, ejecutado por su esposa María de Toledo, ordenó que sus restos mortales reposaran en la Isla Española, hoy Santo Domingo; Hernán Cortés, muerto en Castilleja de la Cuesta (Sevilla) en 1547, dispuso que su cadáver fuera trasladado a la tierra mejicana, que él había conquistado, amado tanto y rebautizado con el emotivo nombre de "Nueva España" y Andrés de Urdaneta, el primer hombre que dió la segunda vuelta al mundo, participó en la conquista de las Islas Filipinas con Legazpi e ingresó en un convento de México; llamado a España por el Rey Felipe II con la orden de encontrar la ruta del regreso de Asia a América por el Pacífico Norte, se reembarcó para España, se entrevistó con Felipe II en El Escorial, volvió a México, salió rumbo a Filipinas, retornó de Asia a América, remontando al Pacífico Norte hasta encontrar los vientos contrarios y descubriendo el tornaviaje, arribó a México. Se reembarcó de nuevo y en El Escorial entregó personalmente a Felipe II el derrotero de la vuelta del Poniente. Regresó a su convento de México y en él acabó su periplo vital en este mundo.

Fueron españoles igualmente: el primer hombre que completó la primera vuelta al mundo, Juan Sebastián Elcano y que murió en su segundo viaje en pleno Océano Pacífico –que él había sido el primero en atravesar– y los descubridores de las tres mayores cuencas hidrográficas de América: la del Plata, descubierta por Díaz de Solís en 1516, la del Amazonas por Francisco Orellana en 1541 y la del Mississippi por

Hernando de Soto en 1542, los cuales murieron en los ríos-mar que habían descubiertos y sus cadáveres se fundieron en un abrazo definitivo con las aguas milenarias para tornarlos universales en el Tiempo.

Este amor por América y los indisolubles lazos con España los sintieron tanto los conquistadores como los libertadores y como el Rey de España, Don Juan Carlos I, ha afirmado en varios de sus discursos nos pertenecen a todos, "son nuestros y vuestros": así, Simón Bolívar, cuyos antepasados arribaron a Venezuela en el siglo XVI y que encontró refugio para morir en la Hacienda de un antiguo realista español, cerca de Santa Marta de Colombia; el General José de San Martín, hijo de padres españoles, que luchó en Bailén en las tropas del General Castaños contra Napoleón y en Francia, donde murió, sólo encontró ayuda en un noble de España; Bernardo O'Higgins, cuyo padre, aunque de sangre irlandesa, fue Virrey del Perú y Capitán General de Chile y al que la Corona ennobleció por sus méritos y lealtad con el título de Marqués de Osorno, por citar solo tres igualmente.

Un ilustre hispanoamericano defendió la tesis de la Independencia, alegando la célebre y bella frase de que: "ya la rama ya es igual al tronco".

América aportó al mundo occidental plantas que constituyen la base de nuestra alimentación diaria, como la patata o el café. España fue la primera nación europea en introducir en América toda producción agrícola y ganadera de la cuenca del Mediterráneo: desde el trigo y los árboles frutales a la vid y el olivo, desde la caña de azúcar al arroz y las hermosas y variadas flores de nuestra patria. Los centenares de galeones y carabelas fueron como Arcas de Noé transatlánticas que transportaron toda una civilización material, urbanística, ganadera, cultural y espiritual del Viejo al Nuevo Mundo; y con indios y negros creamos dos tipos de seres humanos nuevos, nacidos del amor y del abrazo, de las sangres compartidas y de los cuerpos entregados: los mestizos y los mulatos.

América, por otro lado, permitió asimismo a España prolongar su ser histórico y su presencia desde sus puertos del Pacífico Sur y Norte en toda Oceanía. De los 21 Archipiélagos principales, 10 fueron descubiertos por navegantes españoles de los siglos XVI y XVIII, de los cuales cinco de ellos pertenecieron a España hasta 1898 y aún conservan sus nombres españoles –aparte de Filipinas– las mayores islas de las Solomón: Guadalcanal, Santa Cruz, San Cristobal y Santa Isabel; las de Torres y Espíritu Santo en las Nuevas Hébridas; las de Rota y Asunción en la actual Commonwealth of Northern Mariana Islands; y el Estrecho de Torres, que separa Nueva Guinea de Australia, la primera así llamada por Ortíz de Retes en 1545 y Australia descubierta por Pedro Fernández de Quirós en 1606.

Por último, la Islas Hawai en el siglo XVIII por un Galeón de Manila o Nao de Acapulco, la primera línea regular y de más duración en la Historia (cerca de 260

años) a través del Océano Pacífico Norte desde Asia a América y viceversa, islas que figuraron en las cartas náuticas del Galeón con el elocuente nombre de "Islas del Rey".

La frase precintada del prócer hispanoamericano, defendiendo la tesis de la Independencia era absolutamente acertada, porque: ¿Cómo era ese Imperio que –según asimismo feliz expresión del embajador venezolano Andrés Eloy Blanco: "juntos constituimos un Imperio y separados integramos una Civilización"?–.

En verdad, la única persona que supo cómo era nuestro Mundo Hispánico en vísperas de su Independencia fue, el célebre Ingeniero de Minas alemán de la Prusia Oriental, el Barón Alejandro Von Humboldt, que lo visitó desde Chile hasta la Alta California entre 1800 y 1805. Escribió cerca de 5.000 páginas sobre el mismo. Nunca han sido traducidas al español y sólo –abreviadas– en ediciones en lengua francesa e inglesa.

El barón Von Humboldt nos revela datos sorprendentes. Sólo citaré algunos de ellos: Los 4 Virreinos arrojan superávit en sus cuentas y las 4 Capitanías Generales equilibraban los gastos e ingresos, había 26 universidades para un Imperio, que no llegaba a los 18 millones de seres (recuerdo que la O.C.D.E., considera país desarrollado al que posee un Universidad para cada millón de habitantes y que las Universidades de Santo Domingo, México y Lima habían sido fundadas casi un siglo antes que la primera norteamericana en Harvard), se comía más carne –escribía Humboldt– en Buenos Aires, Lima o México que en París o Londres, en los astilleros de la Habana se había construido en 1756 el navío de guerra más grande del mundo –el Santísima Trinidad– de 4 puentes y 138 cañones, México capital poseía mejores edificios y estaba más limpia que Berlín, la Escuela de Minería de México contaba con los instrumentos más sofisticados de la época y –aunque pueda parecer increíble– afirmaba que un obrero libre mejicano en las minas ganaba más que un obrero alemán en la Prusia Oriental.

A la rama sin el tronco le falta la raíz y al tronco sin la rama le falta la esperanza. Y América y España naufragaron, al perder su unitario rumbo histórico, en sucesivos pronunciamientos, dictaduras, guerras civiles, regímenes democráticos inestables e ineficaces y fueron incapaces de crear como decía Ortega: "un proyecto sugestivo de vida en común" y un sistema político que no estuviera basado en el plagio irreflexivo de ideas e instituciones ajenas a nuestra idiosincracia y no en la dignidad, el trabajo, la ilusión, la honestidad y la justicia. Logramos una independencia y soberanía políticas, pero no económica y la Revolución Industrial no encontró divididos, debilitados, endeudados y separados. Nos sumimos en la dependencia económica, en la deuda externa y en el subdesarrollo, de los que 170 años después aún no nos hemos remontado.

La emancipación de la América española, solo supuso una ruptura oficial de algunos años hasta que paulatinamente se fueron estableciendo las respectivas relaciones diplomáticas con todas las repúblicas hispanoamericanas y España, pero nunca un cisma de los pueblos de antepasados comunes y hermanos de lengua, religión, idiosincracia y cultura. Prueba de ello es la oleada incesante de emigrantes españoles que desde mediados del siglo XIX marcharon a América y que fueron acogidos por todos ellos con una generosidad sin límites.

—Siempre hemos tenido en los pueblos de América española nuestros mejores y más incondicionales valedores. Cuando España se ha visto derrotada, como en la guerra del 98, o dividida, como en la guerra civil del 36, o aislada, como después de la misma, toda Hispanoamérica ha vibrado y se ha colocado, superando inclinaciones y malentendidos, a favor de sus hermanos de la península, ha acogido a los exiliados políticos o emigrantes por razones económicas y ha ayudado también a la España oficial y, sobre todo, al pueblo español —inocente y sufrido— para que no pereciera en la dura posguerra por hambre y aislamiento.

III. LAS CIUDADES HOMONIMAS COMO LAZO INDISOLUBLE EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO.

El Proyecto, hoy ya una realidad, sobre las Ciudades Homónimas de América y España nació de mi amor a América y a nuestra patria, de mis 15 años en América y como homenaje, admiración y recuerdo de nuestros antepasados comunes, que hicieron posible la empresa de América y la creación —entre otras las muchas aportaciones— de más de 500 ciudades Homónimas en el Nuevo Continente con cerca de 200 de España.

Al contemplar un mapa de España y de América de habla española y de Estados Unidos a escala normal de carreteras impresiona descubrir el gran número de ciudades y municipios que ostentan un mismo nombre y que las hermana en el tiempo, en el espacio y en la lengua. La fundación de una ciudad pertenece al pasado, mas si esta ciudad continúa viva y en desarrollo y con su mismo nombre existen otras en la geografía inmensa de América y España, su Historia se convierte en realidad nuestra de hoy y de mañana.

Un escritor anglosajón, H.C. Haring, en su libro "The Spanish Empire in America" escribe: "tres generaciones de españoles descubrieron y dominaron un continente realizando prodigios de valor y de resistencia física y crearon una sociedad civilizada y artificial en medio de soledades vírgenes. Y el historiador francés, Pierre Chaunu, en su "Histoire d'Amérique Latine" afirma: "en 30 años (1519-1550) un puñado de españoles conquistaron para la Corona Española el imperio territorial en un sólo continente más dilatado del mundo".

En menos de un siglo los españoles fundaron en el Nuevo Mundo 272 ciudades, 840 conventos y más de 1.000 hospitales y misiones. La ciudad creada debía reunir los requisitos de seguridad, apoyo aborigen, salubridad y riqueza de agua, pastos y árboles, según ordenaban las Reales Cédulas y Ordenanzas de población de Carlos I y de Felipe II, publicadas en el siglo XVI.

El trazado a cordel en cuadros regulares es una tradición española de la Reconquista, siendo las dos últimas ciudades fundadas en España Santa Fe en Granada y Puerto Real en Cádiz por los Reyes Católicos. La primera ciudad en América fue "La Isabela" (1494), hoy Santo Domingo.

Mi Proyecto recoge hasta el momento cerca de 200 municipios españoles homónimos con más de 400 de Iberoamérica y el impresionante número de 96 en U.S.A. (de los cuales 57 repiten el nombre de 16 capitales de provincia de España), proeza titánica, creacional y de amor, digna de su conocimiento y difusión y única en la historia.

De estas 700 Ciudades y Municipios Homónimos solo algunos son conocidos, más desde Cordova en Alaska, fundada en el siglo XVIII, (hay 17 importantes en América) hasta San Sebastián, capital de la Isla de la Tierra de Fuego en Argentina (y hay 8), más de 500 ciudades de América se hermanan con 200 de España en nombre, historia, lengua, fe y presente no solo a lo largo de 15.000 Kms. sino también de este a oeste de todo el continente americano.

Las conocidas son: Santiago (y hay 18 importantes), Toledo (hay 12), Guadalupe de Cáceres, "Cuna de la Hispanidad (y hay 5 principales), Mérida, Guadalajara, Trujillo (4), Barcelona (2), Valencia (4), etc.... La primera ciudad española –ya precitada– fundada en América por Cristóbal Colón en 1494 "La Isabela", hoy Santo Domingo, es "Cuna de América", del esfuerzo fundacional español y de la América blanca, india, negra, mestiza y mulata. Además, casi todas las capitales de provincia de España repiten sus nombres en América: desde Almería (2) a la Coruña, desde Cádiz (5) a Gerona, desde Santander a Málaga (6), desde Oviedo (2) hasta Sevilla (4) y de Este a Oeste; desde Valencia (4) a Salamanca (5), León y Burgos o desde Zaragoza (4) a Zamora (4) y Cáceres (2) o desde Granada (5) a Valladolid (3) y Barcelona (2) pasando por Madrid (7) y Santa Cruz de Tenerife (10), entre otras.

Igualmente gran número de pueblos de rancio abolengo patrio y de todas las regiones de España tienen homónimas en América. Para no resultar prolijo sólo citaré algunos, tan cargados de sustancia, emoción e historia, como: Algeciras, Carmona, Jerez (2), Linares (4), Puerto Real (2), Osma, Piedrahita, Oropesa, Cazorla, Aranjuez, Talavera, Ocaña (2), Olmedo, Alcalá (2), Medina (4) Sahagún, Cartagena (2), Requena, Lucena (3), Mendoza (4), Osorno, Durango (3), Vergara, Aránzazu, Laredo (4), Algorta, Villalba, Monterrey (3), ... etc.

En cuanto a aquellas ciudades con toponimia religiosa –y con la demás homónimas–, los españoles buscaban un séxtuple objetivo: fe, convivencia, superación en razas y fronteras, apertura comercial, creación de riqueza agrícola, minera y ganadera y prolongación de su propia sociedad, trasplantando el urbanismo, los cultivos, el ganado, la religión, el idioma y el modo de vida hispánicos.

Muchas ciudades se fundaron, tomando el nombre del pueblo natal o de la comarca de su fundador o de apellidos de ilustres personajes, cuyos nombres derivaban, a su vez, de la toponimia española o en el caso de las religiosas también del Santo de devoción o del día, de su fundación. Entre estas últimas existen en América –localmente importantes–: 9 San Pedro, 9 San José, 9 San Juan, 8 San Rafael, 7 Santo Domingo, 7 San Carlos, 5 San Ignacio, 4 Santa Elena, 3 San Francisco, 3 San Vicente y Santa Cruz 10, Santa Fe 7, Concepción 6 y Trinidad 5, entre otras. Es decir, un total que asciende a 142 ciudades de las 658 recogidas en el Proyecto, que repiten nombres de Apóstoles, de Santos o religiosos, hecho igualmente único en toda la Historia de la Iglesia.

No olvidaron aquellos hombres heroicos –fe, hierro, corazón, nostalgia otros pueblos de la médula misma de España y "transnombrarlos" en el Nuevo Continente: Roncesvalles en Colombia, Gibraltar en Venezuela, Ceuta también en Maracaibo y hasta Melilla en Uruguay, próxima a Montevideo.

Fue asimismo insólita la rapidez de fundación de las 19 capitales de los países de habla española: la primera ya citada fue "La Isabela" –1494–, hoy Santo Domingo –1496–, La Habana –Cuba– en 1514, San Juan –Puerto Rico– 1510, Panamá –Capital de Panamá–, en 1519, Ciudad de Méjico en 1521 –sobre la antigua capital azteca–, San Salvador –El Salvador– en 1525, León y Granada –capitales sucesivas de Nicaragua– en 1523, Guatemala –La Antigua Guatemala– en 1527, Tegucigalpa –Honduras– en 1579, pero Puerto Cortés y Trujillo en 1524, San José –Costa Rica– en 1737, más San Marcos, la primera ciudad costarricense, en 1539. En América del Sur: Caracas –Venezuela– en 1567, pero Nueva Cádiz en 1515, Bogotá –Colombia– en el 1538, aunque Santa María La Antigua en 1510, Quito –Ecuador– en 1534, Lima –Perú–, "La ciudad de los Reyes", en 1535, La Paz –Bolivia– en 1538, Asunción –Paraguay– en 1537, Buenos Aires –Argentina– en 1541, y definitivamente en 1580, Santiago –Chile– en 1541 y Montevideo –Uruguay– en 1727, aunque la primera ciudad uruguaya fue San Salvador, hoy Dolores, creada en 1574.

Como Julián Marías profundiza en su concepto de injerto español en América hasta las ciudades repiten su nombre como una prolongación de sus homónimas de España; así, Toledo, Guadalajara, Gibraltar, Ceuta, Santiago. En cambio, las ciudades inglesas en América, si son homónimas, colocan un "New" delante, como: New York, New Orleans, New Amsterdam, etc..., para consignar que no son las mismas exacta-

mente. Los españoles, por el contrario, hacen su trasplante o injerto plenamente y solo cuando se trata de vastas extensiones, como no puede haber dos exactamente iguales, colocan el "Nueva" delante para bautizar extensas regiones de la "Patria Grande" en el Nuevo Mundo: Nueva Vizcaya, Nueva Andalucía, Nueva Galicia, Nueva Granada, Nueva España, Nueva Extremadura, por citar tan solo algunos ejemplos entrañables, nacidos del amor, de la nostalgia, del deseo de prolongación y de la semejanza geográfica del paisaje, de la atmósfera o de la orografía.

El objetivo del Proyecto es formar una Asociación de Ciudades Homónimas de América y España, que una pasado, presente y futuro en una cadena que no se rompa nunca para el conocimiento, coparticipación, cooperación y desarrollo y para testimoniar y divulgar un evento único en la Historia.

El presente Proyecto lo emprendí en solitario, escribiendo personalmente a todos los Alcaldes, Intendentes, Prefeitos y Mayors de América y España, que constituyen el entramado fraterno, que nos une a través del espacio y del tiempo, permitiendo casi una ubicuidad de un presente –continuo, donde al mismo tiempo estamos en verano y en invierno, en la noche y en el día de nuestro planeta, pero hermanados en la lengua, el corazón, el recuerdo y los sueños, confirmando con esos nombres homónimos en dos continentes y dos hemisferios– la teoría de la Relatividad del Tiempo y del Espacio de *Einstein en nuestro propio mundo*.

La fundación de una ciudad representa la llegada al puerto –continental o marítimo–, la arribada a la posada, después del viaje, para convertirla en morada, lugar de acción, de desarrollo de la zona limítrofe y de garantía de permanencia: si es homónima, de permanente prolongación y recuerdo asimismo. La ciudad servirá de mercado definitivo, de ruta de comercio, de defensa fronteriza y siempre de sede de iniciativas políticas, sociales, culturales y económicas. Será una Casa común y una Patria chica.

De los 658 municipios homónimos recogidos en mi Proyecto, 74 de los españoles superan los veinte mil habitantes, más en América los aventajan cerca de 300 y no existen en España ninguna Córdoba –como la de Argentina– que sobrepase el millón de habitantes, ninguna Guadalajara –como la de México– que supere los dos millones, ningún Santiago –como el de León de Caracas o de Chile– que se acerque a los tres millones, ningún Los Angeles –como el de California– que ronde los cuatro millones, ninguna Mérida que ascienda –como la de México o Venezuela– a los doscientos mil, ningún San Francisco –como el de Quito o el de California– que posea un millón o varios respectivamente, ningún San Antonio –como el de Texas– que ronde el millón, ningún Santo Domingo –como el de la República Dominicana– que cuente con más de millón y medio, ninguna Valencia –como la de Venezuela– que alcance el millón de habitantes, ningún San Juan, como el de Puerto Rico, que ronde los quinientos mil o ningún Trujillo –como el de Perú– que se aproxime al medio millón de seres, por solo citar algunos de los más importantes.

La fundación con el devenir del tiempo se torna en algo mítico y legendario. Jorge Luis Borges lo expresa magistralmente en su poema "Fundación Mítica de Buenos Aires", esa primera Santa María del Buen Aire de 1541 por Pedro Mendoza y de 1580 en su segunda fundación definitiva por Blasco de Garay y que se hermana en sustantivo toponímico con Santa María la Real de Nieva, castellana, y el Puerto de Santa María gaditano.

Los espléndidos versos de Borges dicen así:

*¿Y fue por este río de sueñera y de barro
Que las proas vinieron a fundarme de patria?*

*A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires.
La juzgo tan eterna como el agua y el aire.*

Pero fue realidad que de los puertos españoles salieran los primeros fundadores, porque nuestra Historia, la Grande, sería igualmente mítica y legendaria, si hubiera tenido un Homero, un Virgilio o un Comoens como rapsodas para cantarla.

Los puertos de España posibilitaron el viaje, la llegada, la fundación, la permanencia, los abrazos de Amor —después de la conquista— y el mestizaje creador, mutante y enriquecedor, de una América única y fraterna, de plural raza, de acento plural, de blancos, indios, negros, mestizos y mulatos, unidos en una lengua que nos universaliza y nos hermana en una misa forma de expresar el Amor, la Fe, el Universo y la Vida.

El filósofo español José Gaos, uno de los preclaros exiliados españoles en México, distinguía entre la patria de origen —la de nacimiento— y la patria de destino —la de elección— y acuñó el neologismo de "trans-terrados", para distinguirlos de los "des-terrados", extensivo a todos los exiliados y emigrantes españoles en América. Yo prefiero otra expresión más generosa y global, genuina y nuestra: la de "Patria Grande" en la que siempre estamos en nuestra propia tierra, en nuestro propia Historia y en nuestra Gran Familia y en la que nos comunicamos con nuestro propio y universal idioma.

La Sede del Proyecto será el castillo Arabe del siglo XI y la Casa de Cultura de Luque (Córdoba) —España—. Luque se encuentra situado en el sur de la provincia de Córdoba, en el Parque Natural de la Subbética cordobesa. Existen además dos Luques en América: uno, en la provincia de Córdoba en Argentina y otro, en el Departamento Central de Paraguay, contiguo a Asunción, donde se ubica el Aeropuerto Internacional de este país hermano.

La presentación oficial del proyecto ante la Prensa tuvo lugar en Madrid, el día 15 de marzo de 1994, con la intervención del Filósofo y Académico Julián Marías, el Catedrático de Historia de América Mario Hernández Sánchez-Barba, el Embajador de España Carlos Fernández-Shaw y el Catedrático de Estructura Económica y Académico Juan Velarde Fuertes. Al acto y al Proyecto se adhirieron altos cargos del Ministerio de Asuntos Exteriores, Embajadores de América y España, Altos Mandos Militares, Académicos, Altas Jerarquías de la Iglesia, Alcaldes españoles del V Centenario, el Colegio Mayor Guadalupe, escritores, poetas y periodistas, amén de Presidentes de Fundaciones.

El Proyecto se apoyará en tres pilares: hacer una Exposición Permanente de los 658 municipios homónimos de América y España para conocer cómo son en la actualidad, crear una Biblioteca especializada sobre los mismos y poner en marcha una Oficina de Gestión para Proyectos de Desarrollo, con fondos que España dedica a Iberoamérica y los que la C.E.E. destina al desarrollo regional español y a América Latina.

La Exposición Permanente –con una réplica para una Exposición Itinerante– tendrá cinco ciudades– insignia:

1. Oviedo (Asturias)
–"Cuna de España"–;
2. Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias)
–"Cuna del Señorío Oceánico"–;
3. Guadalupe (Cáceres)
–"Cuna de la Hispanidad"–;
4. Santo Domingo (República Dominicana)
–"Cuna de la América Hispánica
(blanca, india, negra, mestiza y mulata)"–;
5. San Agustín (Florida)
–"Cuna de las Ciudades de Norteamérica"–;

Cada Municipio contará con un panel en el que se expondrán sus fotos más representativas y en tres columnas: su historia, su geografía y sus datos actuales. Sólo Oviedo ostentará tres paneles por ser el símbolo de la reconquista territorial definitiva de España.

Para la fecha de Inauguración Oficial aguardamos una Audiencia con S.M. El Rey por ser el primer español de España y el primer Monarca que ha visitado todos los países de América y el motor y símbolo de la Comunidad Iberoamericana de Nacio-

nes, al que han secundado –brillante e inteligentemente– la Reina Doña Sofía y el Príncipe de Asturias en sus visitas a varios países hermanos de América. Por conocer, todos, además, el amor que los Reyes de España profesan a América y la importancia fraterna y transcendental de este Proyecto, que –tanto a americanos como a españoles– solo puede unir y enaltecer.

El éxito del Proyecto es un empeño solidario de todos y una colaboración generosa y fraterna, más posee incalculables posibilidades de futuro. Implica un homenaje, un reconocimiento, un deber y un recuerdo a una proeza titánica fundacional, única en la Historia, que nos proyecta juntos hacia un futuro y cuya viabilidad dependerá de nuestro esfuerzo, nuestro coraje y capacidad, fieles a la divisa lapidaria de mi padre, hombre superior y ejemplar, de que "a mayor pendiente, más coraje".

"Porque –como escribe el historiador mejicano Enrique Krauze–, aunque la rama se separó del tronco en 1821, siempre le fue –y le sigue siendo– secretamente fiel". Yo ratifico plenamente este profundo aserto. Esa es, precisamente, nuestra grandeza y nuestra irrompible cadena, pues –pese a los posibles odios, preconceptos e ignorancia– siempre triunfan y nos unen a la postre: la Sangre, el Abrazo y el Amor.